

guerra más grande de los tiempos antiguos, quien quiso oponer en este punto un obstáculo infranqueable á los detestados Romanos. Después, cuando las grandes luchas entre Roma y los Partos hicieron de la Mesopotamia el campo de batalla por excelencia, el centro de gravedad del Asia anterior se trasladó hacia los caminos del Tigris



CONSTANTINOPLA: SANTA SOFÍA (532-537)

Los minaretes son de la época turca.

y del Eufrates, y la Tigranocerta armenia — el Amid moderno, según se cree generalmente, — se erigió sobre uno de los montículos que dominan las llanuras fluviales. Las ciudades fuertes de Nisib, al Este, y de Edesa, al Oeste, que disponen de ventajas estratégicas análogas, sucedieron á Tigranocerta como las capitales de Armenia hasta la época en que los Haikanes, rechazados hacia el Norte, se vieron nuevamente obligados á instalar su ciudad principal en la cuenca que les había servido de cuna.

Hasta en la época en que Armenia no estaba ocupada por el imperio de Oriente más que en una corta extensión de su territorio

ó que no conservaba sus tropas sobre ningún punto del territorio, no dejaba de ser una dependencia natural de Constantinopla por el movimiento de emigración, sea temporal, sea permanente, que im-



CONSTANTINOPLA: INTERIOR DE SANTA SOFÍA

Cúpula de 31 metros de diámetro y de 55 metros de altura.

pulsaba á los montañeses hacia la gran ciudad. «Εἰς τὴν πόλιν» «Hacia la ciudad», expresión de que los Turcos han hecho «Stambul», era el grito de innumerables emigrantes. Como en nuestros días, la ciudad del Bósforo, gran devoradora de hombres, alimentaba incesantemente

su trabajo por importaciones de materia humana procedente de todas las comarcas circundantes: Tracios y otros peninsulares, gentes del Archipiélago, marinos y obreros, montañeses del Cáucaso que vendían sus hijas, Lazes de Anatolia que hacían el servicio del puerto como bateleros y faquines, y sobre todo Armenios, que se prestaban á todos los servicios, desde el de barrenderos de las calles, hasta el de ministros y regentes del imperio.

Entre ellos, la proporción de los que llevaban el nombre de «Judíos» á causa de su religión, pero que no por eso dejaban de ser Arios de Armenia, era ciertamente muy numerosa, porque no ha de olvidarse que cuando la «cautividad» de Babilonia, los conquistadores asirios repartieron sus prisioneros judíos por centenas de millar en los altos valles del Tigris y del Eufrates, en las montañas de la Armenia y del Cáucaso. Los Semitas judíos se habían encontrado así puestos violentamente en contacto con los Arios de Armenia: las dos razas hubieron de participar en los mismos destinos, y por efecto de la propaganda religiosa, á los inmigrantes perteneció durante mucho tiempo la supremacía, y ellos dieron probablemente á este país el nombre de Armenia: era la «Tierra elevada» para los viajeros que llegaban del Sud. Hasta monarcas llegaron á ser los Judíos en toda la comarca del Haiasdan, inclusa la Georgia. Verdad es que la casa real judía, la de los Bagratides, acabó por convertirse al cristianismo tres siglos después del principio de la era cristiana, pero el judaísmo había existido en el país durante más de ochocientos años, y en un período de cuatrocientos treinta años tuvo el primer lugar entre las religiones nacionales. Los Arios de Armenia habían sido, pues, «semitizados» fuertemente desde el punto de vista religioso, y los que entre ellos continuaban practicando el culto de Yahveh, eran, por eso mismo, en Bizancio y en todas las otras ciudades donde les llevaba su vida errante, considerados como pertenecientes á la raza «judía». Así se explica cómo las Susana y las Judith, los Abraham y los David figurados por los artistas italianos de los siglos XV y XVI, presentan caracteres esencialmente arios: frente alta y espaciosa, nariz ligeramente aguileña, cara llena, barba abundante. Ese conjunto de rasgos no recuerda en manera alguna los verdaderos Semitas, tales como se presentan en su país de origen,

especialmente en la Arabia septentrional: cabeza estrecha y alta, nariz curva y barba lampiña.

Poblada de extranjeros que se reclutaban indefinidamente, de generación en generación, en el círculo inmenso del imperio, Constantinopla suministraba á los emperadores una población laboriosa, inquieta, inteligente, ávida, pero por su misma ambición dispuesta á todas las servidumbres; bastaba que se les permitiera enriquecerse. Los amos podían dominarla sin remordimiento, por no tener con ella los lazos que da la comunidad de la raza y de las tradiciones; así realizó Bizancio el ideal de la dominación absoluta. La monarquía tomó un carácter, no solamente sacerdotal, sino divino, por decirlo así. Según la teoría profesada oficialmente, su poder se extendía sobre el mundo entero, abarcando las tierras desconocidas lo mismo que las tierras conocidas y limítrofes; toda independencia era tenida por rebelión. Fuera de la sujeción, ningún pueblo podía esperar ni progreso ni salvación. La rebeldía declarada era el crimen de los cri-



RÁVENA
CAPITEL DE LA IGLESIA DE SAN VITALLI
TERMINADA EN 547

menes; el culpable era anatematizado y su acto se llamaba «apostasia». Los emperadores de Oriente se habían colocado muy por encima del «derecho divino», en virtud del cual se les consideraba como dueños de la tierra; ya no se decían representantes de Dios, sino «Dios» mismo, por su naturaleza y por el consentimiento general¹, y el reflejo del astro descendía sobre los que le rodeaban. Cada uno de los agentes del alto poder estaba investido de una función religiosa, reflejaba un rayo de la divinidad; obtener una situación pública era recibir un sacramento, y el elegido se preparaba por la oración y la comunión. Así se comprende que los monarcas de Occidente, fascinados por esa religión del imperio, hayan tratado de imitar á Bizancio y sufran de lejos su prestigio. Hoy todavía, las prácticas de la administración con sus reglas y sus procedimientos están inspiradas por el espíritu de los funcionarios de Justiniano².

Sin embargo, el vértigo se apoderó de aquellas cabezas colocadas tan alto sobre el nivel de los hombres, y los más prudentes de ellos llegaron á cometer actos de locura, de tal modo, que pareció necesario ayudar la imaginación de los bárbaros excitándoles á la adoración, sirviéndose de medios artificiales: á partir del siglo IX, los cortesanos se ingeniaron para presentar escenas mágicas que debían parecer sobrenaturales á los ojos de los extranjeros. A la entrada de un enviado en la sala de recepción, se oía una música misteriosa cuyos acordes acompañaban todos los movimientos de la persona divina: en un momento dado el emperador aparecía como suspendido en el aire y rodeado de una aureola; unos leones de oro se levantaban rugiendo sobre sus pedestales, el follaje de arbustos de metal precioso se agitaba como impulsado por un estremecimiento general y el canto de las aves resonaba en las ramas. No obstante, esos mismos príncipes, ante los cuales sus súbditos caían en adoración y que hacían perecer á los desgraciados culpables de haberles tocado salvándoles la vida, practicaban también gazmoñerías de humildad cristiana: el jueves santo lavaban los pies á los pobres y sobre su dalmática dorada llevaban una *rakakia*, saquito lleno de tierra que

¹ Milenko R. Vesnitch, *Le Droit international dans les Rapports des Slaves méridionaux au Moyen-âge*, p. 13.

² Ernest Nys, *Le Développement économique de l'Histoire*, p. 7.

había de recordarles que ellos también no eran más que polvo y polvo habían de volver á ser¹.

Entretenidos por sus cortesanos en el vicio y en la ociosidad, la mayor parte de los emperadores no se ocupaban más que de los escándalos de la corte y de las argucias teológicas. Cada uno de ellos se creía bastante fuerte para discutir las sutilezas del dogma y sondear la profundidad de los misterios; gustaban de reunir los concilios y dictar sus votos á los obispos; mas, como sucede siempre, los que creían guiar en su calidad de «dueños del mundo», en realidad no hacían más que sufrir la presión de abajo. La sociedad cristiana trataba entonces de conocerse, de darse cuenta de su dogma, de saber claramente lo que la distinguía de la sociedad pagana y de la filosofía. Pero, en aquella época, los pueblos de Occidente, arrastrados en la mezcla confusa de las razas que se entrechocaban, eran incapaces de llegar á la conciencia de los grandes problemas; en medio de ese torbellino, no se reconocían. En Oriente, y sobre todo en Egipto, en Siria



RÁVENA — SARCÓFAGO DEL ARZOBISPO TEODOSIO
IGLESIA DE APOLINAR IN CLASSE

¹ Godefroid Kurth, *Les Origines de la Civilisation moderne*, t. I, p. 287.

y en el Asia Menor predicaban y escribían los «Padres de la Iglesia» constituyendo la ortodoxia. Entre los nombres de esos elaboradores del dogma cristiano, el más famoso y al mismo tiempo el más digno de la memoria de los hombres, es el del monje y obispo Juan Cri-



Cl. Alinari.

RÁVENA — EL EMPERADOR JUSTINIANO, SU SÉQUITO Y SAN MAXIMINO
(Mosaico del siglo vi)

sóstomo ó «Boca de oro», que amaba á los pobres y supo permanecer pobre, denunciando heroicamente las malversaciones, las infamias y los crímenes de la corte imperial. Al lado de este gran hombre, otros padres de la Iglesia se hicieron célebres, sea por su valor, sea por su elocuencia ó su saber, pero muchos de ellos, aunque habiendo tenido la fortuna de conservarse bajo el manto de la catolicidad, y aun de figurar en el número de los santos en los anales eclesiásticos, habían introducido interpretaciones arriesgadas en algunos dogmas de la fe; aunque beatificados después, no han dejado de ser herejes. En ese sutil Oriente, heredero de la India, de Persia, de Siria, de

Egipto y de Grecia, comarcas todas en que los pueblos tenían el espíritu igualmente adaptado á los problemas del pensamiento y la palabra ejercitada á las delicadezas de la expresión, las discusiones habían de ser muy vivas y las interpretaciones infinitamente diversas.



Cl. Alinari.

RÁVENA — LA EMPERATRIZ TEODORA Y SU SÉQUITO
(Mosaico del siglo vi)

Las opiniones que diferían de las del rebaño de los obispos, las explicaciones contrarias á los textos que se habían votado ó creído votar en los concilios, brotarían á cientos y á miles. ¿No es todo pensamiento libre, por eso mismo, una herejía?

Así como la autoridad absoluta no podía comprender más que un amo y no admitía más que una forma religiosa, exigía una legislación única para todos los pueblos reunidos bajo su férula. Como heredera de Roma, Bizancio tenía por misión natural resumir las leyes de los Romanos y concentrarlas en un código definitivo. Tal fué la obra especial cumplida, bajo la dirección de Tribonio, por los juristas